

1. EL ASCENSO



Pasado Riduerta encontraron un carro que hacía la misma ruta que ellos, y Matias, con ánimo de ahorrar aliento, preguntó al carretero si querría llevarles hasta las cañadas de la montaña. El jovial payés, feliz de tener ocasión de conversar, enseguida le hizo un hueco a su lado en la tabla travesaña y dijo a Mila que se acomodara detrás de ellos, en las bolsas. Ella miró con agradecimiento a aquel desconocido que le hacía semejante merced. Pese a ser andariega, estaba cansada. Su esposo le había dicho que desde Deslizantes, donde les había dejado el correo, hasta Riduerta, había una media horita de camino, y ya hacía una hora larga que caminaban cuando vieron negrear en la verdeante colina el pequeño campanario del pueblo: desde ese momento hasta que encontraron el carro había transcurrido casi otra media hora, y el resistero, el polvo y la contrariedad habían puesto de muy mal humor a la pobre mujer.

Apenas se halló encovada en su nido en la estera, con el pequeño lío de ropa a su lado y la espalda arrimada a un adral, se desanudó el pañuelo que llevaba a modo de pequeña teja sobre la cara y, agarrándolo por los picos, lo agitó contra sus mejillas. Estaba acalorada y recibió el airecillo fresco del pañuelo en el cuello y las sienes como una dulce caricia, a la que

siguió un leve escalofrío que la recorrió de pies a cabeza; sin embargo, cuando dejó de abanicarse, se sintió más descansada y serena para mirar la belleza de aquellos caminos que tantas veces le había encomiado Matias.

Miró a un lado y a otro. Detrás del carro, la desvencijada carretera vecinal huía cuesta abajo, tortuosa y oblicua, plagada de hoyos, roderas profundas y crestas de lodo reseco, que el paso de las ruedas iba descantillando muy despacito y con tan terca pachorra que no quedarían bien cercenadas hasta el apogeo del verano. Entonces, la carretera se nivelaría con colchones de polvo durante una temporada hasta que los aguaceros otoñales la malograsen de nuevo.

A la izquierda del carro se alzaba un ribazo de buen tamaño, más protuberante de arriba que de abajo como si de un momento a otro fuera a desmoronarse sobre el camino, contenido por gruesas y desiguales paredes secas, ventrudas aquí y allá, más peligrosas que el propio ribazo. Se agarraban a su ápice los setos vivos de los bancales, formados en algunos tramos por agaves bien amarrados, cuyas hojas yertas y pulposas herían el espacio como ramilletes de espadas, y en otros, por tamarindos de ramas móviles o ringleras de espinas santas que iniciaban su blanca floración, enteramente rodeada de espinas.

Del otro lado, a una cana y media por debajo de la carretera, se extendía el valle de Riduerta, abrazado al otero y dividido en linderos simétricos como un gran tablero de ajedrez. Las lindes correspondían a los huertos de regadío, la riqueza del pueblo, repartida a pedacitos entre todos los vecinos merced a antiguos establecimientos enfitéuticos. Tornasolaban por doquier las notas frescas y alegres del tierno verdor, que, entre meandros de agua clara que destellaban al sol como franjas de espejo, moteaba el amarillo curtido de la tierra.

Mila quedó hipnotizada por tanta hermosura. Siendo hija de la gran planicie, baldía por falta de brazos, agua y abono, le pareció que aquel pequeño llano, comprendido entre un otero cuajado de casas y montañas de piedra cruda y yerma que gozaba de tan fecunda y risueña vida, no podía sino ser fruto de un fantasioso espejismo. ¡No se veía un palmo de tierra ociosa, ni una mala hierba que sorbiese los jugos del terreno! ¡Todo estaba labrado, todo removido por la azada o la laya, todo mimado y servido a cuerpo de rey, todo fructificando con espléndida liberalidad de amor y buena voluntad!

Allá abajo, en la tierra de Mila, las personas se desgranaban espaciosamente por los campos, guardando bastante distancia entre unas y otras, y por las márgenes y amplísimos ribazos, cubiertos de brotes y malezas de todo tipo, las lagartijas verdeaban al sol y cuatro vacas flacas, que exhibían cual parrilla su costillar desnudo y cuyas afiladas ancas amenazaban con agujerearles la piel, pacían hierbajos resecos. Allí, en cambio, no se veía a ningún animal escuálido, aunque, eso sí, las personas se hallaban apretujadas como los dedos de las manos; una multitud de mujeres, esparcidas por todo el tablero como piezas del gran juego, iban y venían hacendosas y afanadas como abejas, aplastando la tierra, haciendo subir y bajar los pozales, cavando las hortalizas o descansando bajo el pampañaje de una higuera: todas ellas con la falda arremangada, el pañuelo sobre la cara y los brazos y las piernas desnudas, curtiéndose y bronceándose al sol.

Mirándolas, Mila sintió que su cálida alma de campesina se abría toda ella y que un anhelo, una debilidad dulcemente sofocada, la impelía a bajar del carro, a introducirse en aquellos huertos y a sobar, ella también, como aquellas mujeres, la tierra tibia, las hojas húmedas, el agua deleitosa que se escurría entre

los gladios, cuyas áureas flores cabeceaban mayestáticamente junto al ribazo.

Matias tenía razón: la comarca de Riduerta era bonita y alegre, con ese pueblecito amontonado sobre el otero, rodeado por la vistosa anilla de una franja de valle; y si los alrededores eran gozosos, la ermita de la montaña no podía ser tan triste como alguien había ido a decirle. Mila imaginó que sería como un pequeño nido posado en un árbol y que, apenas ella asomase la cabeza por la ventana, vería a sus pies el prodigio de aquel extenso y pasmoso rodal. ¡Oh, si con el tiempo ella pudiese tener un huertecito mirífico para llevarlo a su gusto, ya no le dolería haber abandonado su tierra para siempre!

Animada por semejantes cavilaciones y deseosa de comentarlas con su esposo, se volvió, pero, así como vio las dos espaldas erguidas frente a ella, las palabras se le derritieron en la boca y, de repente, la alentadora idea que iba a salir de su madriguera se regresó para dentro como un animalillo medroso.

Los dos hombres conversaban con flema; ella, que no prestaba atención, entreoyó las palabras «frialdad...», «tristeza...», «terneros...», «demasiado alto...», pero no supo de qué hablaban, porque su corazón y su pensamiento huían del carro y regresaban allá, a su tierra. Pero el hechizo ya estaba roto y la tierra, aunque siguiera siendo tan hermosa como hacía un instante, no logró reavivar las brasas de ese primer anhelo. Con un deje de tristeza, desvió la mirada hacia arriba: el cielo, una gran abertura rebosante de cegadora luz, hería dolorosamente sus ojos saciados... Miró por la ranura que ambos hombres dejaban entre sí: algo a lo lejos verdeaba con la uniformidad de una hermosa alfombra extendida... Se fijó de nuevo en las dos espaldas: una, la del payés, era flaca y huesuda como las vacas

de la gran planicie, y, adherida a ella como una segunda piel, traía una ajada camisa de indiana que olía a sudor y a humus; la otra espalda, ancha y blanda como una almohada, parecía querer salirse de la chaqueta negra que, tirante de axila a axila y bajo la constante amenaza de sufrir un desgarró, la oprimía.

«¡Cómo ha engordado este hombre desde que nos casamos!», pensó Mila, volviendo a constatar que todo le quedaba pequeño, hasta el punto de que parecía un ser contrahecho y enfardado como un pelele. Ese mismo sombrero de fieltro que antes le quedaba tan bien había ido adquiriendo un aire de solideo sacerdotal, y en aquel preciso instante sus dos orejas, vistas a contraluz, descollaban a cada lado, encendidas y transparentes como dos asas de vidrio espeso. Más abajo, la línea horizontal del cuello planchado, que contrastaba con la negrura de la chaqueta y el tono cálido de su rollizo cogote, acusaba crudas frialdades de mármol.

La sombra que proyectaban ambos hombres arropaba a Mila como un manto fresco; se sentía bien en su nido en la bolsa, acurrucado el cuerpo y quieto el espíritu.

Mientras tanto, el carro avanzaba despacio, tan despacio que habríase dicho que avanzaba sobre sí mismo sin moverse de sitio como si no tuviera otra labor que descantillar las crestas del camino. Desde que despuntaba un árbol delante de ellos hasta que lo dejaban atrás, habría podido rezarse tranquilamente una parte del rosario: y aquella mecedora parsimonia terminó amorteciendo la excitación de Mila e infundiéndole el deseo de tumbarse en cualquier parte y dormir.

Ya estaba harta de mirar las espaldas, el cielo y los colorines de los huertos, y los músculos del cuello le dolían de mantener la cabeza vuelta tanto tiempo. La meneó para sacudirse ese doloroso anquilosamiento y, buscando una buena postura,

permaneció inmóvil, de espaldas a un adral y de cara a la estera frontera: un primor de estera, toda deshilachada, que por la luz que rebotaba en ella desde el otro lado del ribazo parecía una tupida red de seda amarilla que chispease con astros áureos. Invasada por aquel dulce recogimiento, apareció ante sus ojos una telilla roja, luego azul, luego negra...

De repente, la despertó un fuerte golpe en el hombro.

—¡Ay! ¿Qué pasa? —murmuró, turbada.

—¡Vamos, tenemos que bajar! —le decía su esposo, ya de pie en el carro detenido.

Ella se desperezó, se levantó tambaleante y saltaron al suelo.

—¡Con Dios, compañero, y que Dios se lo pague!

—¡Con Dios, ermitaño y compañía! ¡Ya subiré a San Poncio a verles!

—¡Suba! Le invito a beber...

—Se aprecia... ¡Abur!

—¡Abur!

La cara del payés, roja y reluciente como el fondo de una cazuela, se dilató con una gran mueca risueña; tiró largamente de las riendas, como si fuesen de goma, lanzó cuatro gritos calmosos de «¡jarre, gabacho!», y el carro reanudó su flemática marcha carretera adentro dejando atrás a marido y mujer, los que, arrimados a la gran pared seca del ribazo, tenían aspecto de hallarse embobados.

—¿Has oído? —dijo Mila con lentitud—. Te ha llamado ermitaño...

—Porque le he contado que íbamos a la ermita.

—Eso me trae de cabeza... —Añadió ella, mirando vagamente a lo lejos.

—¿Qué?

—Eso... ¡Qué quieres que te diga! A mí no me parece que a un joven le sienta ese oficio de... viejo o achacoso...

—¡Boba! Tanto da un oficio como otro.

Matias se puso a patear el suelo para que se le bajaran las calzas, que llevaba a media pierna.

Mila, a su vez, se sacudió la falda, exhalando un suspiro.

Él, en cuanto las calzas le campearon en torno a los tobillos, pasó su vara por el amarre del pañuelo que contenía cuatro piezas de ropa y se la echó al hombro.

—¿Qué? ¿Vamos?

Ella se colocó el fardo bajo el brazo.

—Vamos.

A cuatro pasos de allí, la pared seca se interrumpía y el ribazo se abría dando lugar a un camino. Era una suerte de acanaladura honda y desigual, cuyo lecho contenía un sinfín de guijas limpias y resbaladizas: una de tantas arrugas de la inmensa y pétrea faz de la montaña por la que los aguaceros de las tormentas invernales se escurrían a chorros como lágrimas del cielo.

Se internaron en aquel camino uno detrás de otro: él, silbando entre dientes, y ella, despacio, torciéndose los tobillos a cada paso. No había dado cincuenta cuando se detuvo.

—¿Ya te cansas?

—¡Esto es muy empinado!

—Lo llaman el canal de Rompepiernas. En invierno es casi intransitable...

—¿Más que ahora?

—¡Esto no es nada! —dijo Matias, pero, percibiendo una nube en la mirada de ella, se apresuró a añadir alegremente—: ¡Tendrías que ver lo que es pasar por el barranco Negro! ¡Allí sí que hay peligro de muerte!

—¿Y todos los caminos son así?

—¡Esto son los atajos, mujer! El verdadero camino está más arriba, encima de Mojones, pero los atajos son más fáciles. Hoy los encuentras difíciles porque no estás acostumbrada a andar por la montaña, pero, cuando estés hecha a ello, no querrás pasar por ningún otro lado. ¿Ves? Esto mismo que de subida es peor que una escalera, de bajada es un gustazo: es como si uno se descolgara por una cuerda, las piernas no pueden detenerse y el trayecto dura un tris.

Ella suspiró y reanudaron la marcha. Las guijas se movían sin cesar bajo sus pies y las zarzamoras de las orillas se agarraban a sus piernas como manojos de garfios.

Poco a poco, él fue dejando de silbar y ella empezó a sentir el peso de su pequeño fardo como una piedra. Tras avanzar otros cincuenta pasos, se arrimó al ribazo, falta de aliento.

Matias, que seguía andando, se volvió.

—¿Otra vez, chica?

—No puedo..., más...

—A fe que no podemos entretenernos mucho: dentro de nada estaremos a pleno sol.

—¿Aún falta mucho?

—¡Claro! ¡Acabamos de empezar!

Ella se sobresaltó.

—¡Madre mía! ¿Llevo trotando desde las cuatro de la madrugada y dices que acabamos de empezar?

Él se echó a reír.

—¡Si apenas estamos en la falda de la montaña, mujer! No te pongas nerviosa, que llegaremos a tiempo —dijo, y volvió la cabeza para desbrozar un rusco en la orilla.

Mila clavó en él sus pupilas, colmadas de angustia y desconfianza. «A saber si los avisos habrán llevado razón y una

vez más este hombre me habrá engañado con todas sus exageraciones!», pensó, sintiendo una puñalada en el corazón y apartándose del ribazo.

Él la alentó.

— ¡Así, mujer! Cuatro trancos más y estaremos en el hito...

— ¡Si no fuese por este hato!

Matias se hizo el distraído y continuaron subiendo en silencio.

El canal era cada vez más abrupto y dificultoso; sus pies resbalaban continuamente sobre las guijas y se veían obligados a agarrarse a las matas de las orillas para no perder pie. Sus anhelantes jadeos ahuyentaban a las lagartijas, que se escondían coleando como posesas, y las ramas tiernas de las zarzamoras azotaban sus caras encendidas, perladas de sudor. Matias llevaba el sombrero de fieltro en el cogote, y el cuello planchado, flojo como mondongo.

De vez en cuando, los ribazos a ambos lados del sendero se aplanaban para dar paso a un olivar, pero enseguida volvían a encumbrarse, encajonándoles y privándoles la vista de otra cosa que no fuera la esplendente franja de cielo sobre sus cabezas. En uno de esos olivares vieron una yunta que, uncida al arado, se hallaba detenida bajo un olivo; cerca de allí un labrador almorzaba sentado en el suelo.

Los animales mosqueaban, abanicándose con la cola y pateando el suelo; el hombre tenía en la mano una cebolla como un puño y, junto a él, un pequeño botijo de arcilla negra. Los olivos, que unían sus ramas sobre su cabeza, tejían en el cielo un gran arco de argéntea filigrana y, en el suelo, la tierra removida entre las hileras de pinos ofrecía anchas franjas de color almagre.

Mila lanzó una mirada de envidia al payés, murmurando:

— Si me atreviera, le pediría un sorbo de agua... ¡Tengo la garganta como un estropajo!

—Yo también... Entremos.

Entraron, bebieron y conversaron un poco. Matias contó de nuevo que se dirigían a la ermita, y de nuevo Mila, sin saber por qué, se sintió inquieta y mortificada.

A continuación, reemprendieron la subida; seguían teniendo esas pulidas y resbaladizas guijas bajo los pies y, a cada lado de los ribazos roídos, tendaleras de zarzamora y espina santa que, como garras de animalillos rabiosos, les arañaban sin cesar.

Matias fue presa de un acceso de tos, y un pajarillo, un *arrancapinos* posado en la punta de una pita, huyó lanzando un penetrante y agudo grito.

Pese a las sombras que inundaban las profundidades del canal, en aquella vaina hacía un bochorno de pleno verano. Mila tenía la blusa, empapada como si acabase de sacarla de la colada, pegada a la espalda, y el corazón le latía alborotadamente.

De improviso, el camino torcía en un violento recodo y se encumbraba como si fuera a salvar un obstáculo. Mila, sintiendo que tenía el cuerpo entero bañado de resplandor, pese a hallarse sus pies y piernas aún sumergidos en el oscuro canal, lanzó un grito de sorpresa.

El canal había llegado a su fin y el pequeño torrente, dividido ahora en tres tramos, adquiría la forma de una i griega invertida; dos tramos encaramados a una amplia estribación de la montaña se desplomaban, y el tercero, un poco de lado, continuaba ascendiendo. La unión de esos tres tramos formaba una estirajada explanada que a esa hora se hallaba inundada de sol, lo mismo que el valle.

—Aquí podemos descansar un rato —dijo Matias.

Mila, sin esperar que lo repitiera, se dejó caer al suelo molida, magullada, sintiendo palpitaciones en las sienes y las plantas de los pies como si tuviera mucha fiebre.

+

Se miró los botines: ¡malogrados! Después de aquello ya no volverían a recobrar el lustre nunca más... Y pensó que si él le hubiese dicho la verdad sobre los caminos que debían recorrer, se habría puesto alpargatas, en lugar de destrozar a tontas y a locas el calzado de cuando se casó..., el único bueno que tenía.

Irguió la cabeza para sofocar el disgusto.

A la derecha, el canal se desplomaba de forma tan abrupta que desde arriba semejava un pozo hendido. Mila, cayendo en la cuenta de que habían trepado por allí, se santiguó. Aquel no era un camino para gente de bien, sino para cabras y forajidos. Del otro lado del canal se veían unos olivares de troncos hendididos, desparramados por cuevas y hondonadas; y del lado de acá, el roquedal se hallaba sembrado de rodales de carrasca y tomillo en flor, cuyo aroma venteado llegaba hasta ellos como un purísimo aliento de ángeles.

La otra pata de la i griega, la de la izquierda, más dilatada, serpenteaba hasta perderse en un pliegue de la montaña; y entre pata y pata, esa primera estribación se hinchaba y redondeaba como un pecho de mujer, y, para mayor similitud, una excrescencia o menhir natural que cerraba la explanada por la parte del valle hacía las veces de pezón, perfectamente recortado contra la luminosidad del cielo. Al pie de dicho pezón se veían los restos de una gradería de sillares ciclópeos, y sobre estos, encastrado horizontalmente en la roca viva, un pedazo de perno carcomido por el óxido.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó de improviso Matias.

—¿Cómo quieres que lo sepa si no he estado nunca por estas tierras?

—Pues estamos en la peña Chica. Ya sabes que las peñas son tres: la peña Grande, la de San Poncio y esta. A eso —dijo

señalándole el pezón de enfrente— le llaman el hito de los Moros. Dicen que, en tiempos, el rey moro tenía apostado allí a un centinela que vigilaba la montaña de la mañana a la noche y tenía prohibido bajo pena de muerte cerrar los ojos o mover un pie.

—¿Y dónde está la ermita?

—Allá abajo, detrás de ti, a la vuelta de la peña... Mira, levántate, te la indicaré.

Ella se levantó sin ganas y él, de espaldas al valle, señaló hacia el suroeste.

—¿En aquella montaña tan oscura?

—No, esa es la peña Grande. Mira más hacia aquí. ¿Ves el lecho del barranco Negro que ciñe como una venda los estribos de aquella otra montaña más bajita? Pues el barranco nace en la cañada de San Poncio, y debajo, está la ermita.

—¡Santo Dios! ¿Hay que subir hasta allí arriba?

—¡No, mujer! Nosotros torcemos en aquel primer desvío que amarillea: ese es el sendero.

—¿Se verán desde la ermita esos huertos tan bonitos que hay debajo?

—Desde la propia ermita, no. Desde donde se ven, es desde aquí.

Y Matias, cruzando la explanada, se encaramó a la grade-ría del hito. Mila quiso hacer lo mismo, pero las piernas no le alcanzaron: cada sillar tenía media cana de altura.

—¡Señor, qué gradas!

—Las construyeron los moros... Se dice que, en tiempos, todo esto estaba plagado de moros. Verás, dame las manos... ¡Ea! Ahora, agárrate aquí y mira...

Mila sintió un leve vahído. Aquella inmensa vacuidad se abría ante ella como la urna de un mundo ausente, y solo

abajo, muy abajo, y hasta lejos, muy lejos, se extendía sereno como un extraordinario poso de esa dorada tarde primaveral, el valle de los huertos, Riduerta; más allá se veían, otro valle más amplio, y más y más pueblos posados como bandadas de tórtolas en una intrincación de lomas, arboledas y caminos que se perdían de vista en la borrosidad de los últimos términos, desapareciendo en los turbios azules del horizonte.

Mila juntó las manos con beatitud.

— ¡Qué cosa más bonita!

— ¿No te dije que te gustaría? — dijo él, henchido de satisfacción.

Acto seguido, le enumeró los nombres de todos los pueblos y cerros que se divisaban desde allí.

Mila, embelesada, vencida, abrazaba el espacio con una amplia mirada circular como si quisiera grabar aquella hechizadora vista en el fondo de sus pupilas. No se le habría ocurrido moverse si Matias, saltando de rellano en rellano, no le hubiese dicho, riéndose:

— ¿Aún no tienes suficiente, chica?

La pregunta la hizo volver a la realidad; pero antes de bajar del hito a desgana, lanzó una última y fascinada mirada.

La cola ascendente de la i griega no era tan escarpada como el canal, pero el suelo, limpio de guijas y escarbado en la piedra viva, se hallaba repleto de cantos y rebabas que magullaban los pies más que las propias guijas.

El cansancio que traían y que el momento de reposo había hecho resurgir les quitaba las ganas de conversar. Subían cabizbajos y en silencio; Mila, que oía delante de ella el intermitente jadeo de Matias, pensaba en la gordura de su esposo, porque lo cierto es que empezaba a molestarle.

«¡Tiene tan buen saque que se pondrá como un sollo!».

Y por primera vez tuvo el presentimiento de que aquel ser, fresco como un requesón, no tardaría en hallarse achacoso y padecer asma.

En esa ocasión, Matias fue el primero en detenerse.

Su esposa le alcanzó, dejó caer una mirada fría sobre él y le dijo con sequedad:

—Podrías haberme dicho que íbamos a tardar tanto en llegar; habría traído un tentempié... Me siento desfallecer...

—¡Ánimo, mujer! El sendero está aquí mismo, y una vez allí, estaremos en casa.

—Ya me conozco esa manera tuya de que todo se haga en un pispás —repuso ella con tristeza.

No hubo réplica por su parte y ambos reemprendieron la marcha. Pero, en esta ocasión, Matias había dicho la verdad: a pocos pasos, hallaron el sendero.

—Detengámonos un rato más, si quieres —dijo él.

—¡Esto es peor que el purgatorio! —fue la única respuesta de ella.

Se sentaron. Matias sacó su petaca de tabaco y se dispuso a liarse un cigarrillo. Ella se quitó el pañuelo de la cabeza, lo sacudió y, como ya no hacía calor, se lo dejó flojo en torno al cuello.

Acababan de llegar a la peña de San Poncio, la que, por un lado, continuaba su ascenso enrojecida por los anaranjados destellos del sol poniente y, por el otro, resbalaba por saltos y pendientes que ya empezaban a llenarse de grandes manchas azules.

No quedaba rastro ni sospecha del valle; el cielo extendía de parte a parte su grisácea blancura de perla, levemente dorada hacia el horizonte, y por él pasaban con extrema lentitud, de izquierda a derecha, rebaños de nubecitas de

nácar que mudaban de forma y color a su paso. Mila, mirándolas distraídamente, descubrió en su centro un lunar negro, como de espejo, que poco a poco fue agrandándose, agrandándose...

—¿Qué es eso? —preguntó a Matias.

—Será un cuervo.

—Ahora se cierne sobre aquella parte de la montaña...

—Justo sobre la Niña... Olerá a alguien que los de San Poncio habrán arrojado al barranco. La masía queda justo debajo de la Niña.

—¿Por qué la llaman así?

—Porque desde ciertos lugares parece la cabeza de una niña con su cola puntiaguda en el cogote. Un día te la mostraré desde la cima del raudal... Al rayar el alba se pone azul como el cielo y parece una pintura.

Matias, que tenía la mirada perdida en la lejanía, guardó silencio, y Mila, viéndole con aquel talante de dulce mansedumbre, pensó que cualquiera le tendría por un santo de nacimiento. Pero de pronto, como si ese talante le clavase un agujón secreto, desvió la mirada presa de un hondo estremecimiento.

Matias se levantó, aún con el cigarrillo en los labios, y ambos se internaron en el sendero.

Era una senda angosta y lisa, como si una muela colosal hubiese ido aplanándola durante siglos. Avanzaba hacia el suroeste y a pocos pasos de su inicio se erguía la inmensa bomba de la peña Grande: llenaba el espacio, dominándolo y señoreando sobre él como única soberana, envuelta en un espléndido manto de sombras azul moradas que arrastraba majestuosamente por simas y oquedades, confiriéndole un aspecto imponente que cautivó a Mila.

Desde aquella peña, aún apartada, llegaba un cierzo frío, un extraño cierzo invernal que hería con ingrata sorpresa las carnes henchidas de sol primaveral, pungiéndolas con un repentino impulso de volverse atrás. En Mila, aquel impulso fue tan acusado que frenó sus pasos en seco. Entonces oyó un rumor sordo de procedencia desconocida que evocaba el ronquido de una bestia gigante que se hubiese quedado dormida de puro cansancio.

—¿Qué es ese ruido, Matias? —inquirió, inquieta.

—El aúllo del torrente de Malasangre, que escupe el agua del raudal.

Esas palabras recordaron a Mila lo que su esposo le había contado acerca de las milagrosas aguas que abrían el apetito a los desgastados y curaban a personas y animales de todo achaque debido a la inmundicia y la consunción: la escrófula, los herpes, las llagas purulentas, las diarreas frecuentes, las erupciones malignas...

Y mientras pensaba en males y milagros, el sendero ascendía, ascendía y se reviraba, daba la vuelta a la peña y penetraba lentamente en la región de las sombras frías.

De improviso, Mila se detuvo y dio una vuelta en redondo. Quedó suspendida por una honda impresión. ¡Madre del amor hermoso: la distancia que habían recorrido!

A sus pies no se divisaban sino olas de montañas, montañas inmensas y calladas que se acostaban, se aplanaban, se sumergían en la umbría quietud del atardecer que, como una niebla negra, se tendía sobre ellas, amortajándolas.

Mila buscó en aquel desierto azul la mancha alegre de un penacho de humo, de una casita, de una figura humana..., pero no vio nada, ni el menor indicio que denunciase la presencia y la compañía de los hombres.

+

—¡Qué soledad! —murmuró aterrada, sintiendo de repente que su corazón devenía tanto o más umbrío que aquellas honduras.